

MARIANO AZUELA

No perdió nunca Mariano Azuela su condición de provinciano. Su porte, su cordial ademán y sus maneras suaves, tenían puntos de semejanza con la conducta de otros hombres del interior, como Ramón López Velarde, Pedro de Alba, Jesús B. González, Enrique Fernández Ledesma y Manuel M. Ponce. Cuando le visité en su casa de la Colonia Santa María, tuve la impresión de llegar a un hogar acogedor del norte del país, donde las personas no son ceremoniosas ni empalagan con fingidas atenciones: se entregan a los amigos con la mirada, el saludo discreto y la sonrisa afable.

Por más que nos empeñemos en creerlos, en México no habíamos tenido verdaderos novelistas. A fines del siglo pasado estuvieron de moda los novelones semihistóricos de Payno, Mateos y Riva Palacio. Llegaron a triunfar, hasta cierto grado, las novelas románticas como *Carmen*, de Pedro Castera, y de ambiente regional como *La Calandria*, de Rafael Delgado. A principios del siglo xx, la novela que alcanzó mayor popularidad entre la juventud fue *Santa*, una obra pecaminosa del malogrado escritor Federico Gamboa. Y paremos de contar...

La anemia literaria que padeció México durante la dictadura porfiriana fue la consecuencia obligada de la falta de garantías para la libre expresión del pensamiento desde que los dirigentes de aquella época hicieron que se olvidara el Artículo VII Constitucional. Al producirse la Revolución, además de otorgarse a los ciudadanos el derecho de exponer libremente sus ideas, se presentaron al escritor temas atrayentes: la lucha civil dio margen a muy diversas interpretaciones y abundaron los actos de heroísmo para dar argumentos dignos del libro y del cine.

La base de las obras publicadas en la posrevolución, es casi siempre un combate, una huelga, una manifestación popular o las

protestas de los ejidatarios por la inicua explotación de que son víctimas.

*
* *

De los novelistas mexicanos surgidos de la Revolución, el que ha llegado a la cumbre es Mariano Azuela. El libro que más fama le dio, entre los veintitantos que llevó a la imprenta es sin duda alguna *Los de abajo*. Esta novela de Azuela, conocida en todos los pueblos de habla española y traducida a muchos idiomas, ocupa un lugar de distinción en Hispanoamérica. Se le sitúa al lado de libros tan notables como *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, y *Don Segundo Sombra*, del argentino Ricardo Güiraldes.

Desde la aparición de *Los de abajo*, en México podemos decir que contamos con un novelista de primera categoría. Por su libro precursor, consideramos a Mariano Azuela como un punto de partida. Si se nos pregunta: ¿Desde cuándo tiene México novelistas?, la respuesta es fácil y contundente.

—A partir de Mariano Azuela.

*
* *

Me creo con derecho a entender el libro *Los de abajo* mejor que algunos críticos, porque en la Revolución Mexicana me tocó vivir una época similar a la de los personajes de Azuela. El paralelo es perfecto entre Luis Cervantes y Demetrio Macías, de *Los de abajo*, con Esteban Enciso y Bartolo Bacasegwa, de mi libro *Yórem Tamagua*. La diferencia es grande, inmensa, entre la circulación de mi primera y única novela, y la excepcional difusión de *Los de abajo*, que se ha reproducido y se sigue imprimiendo en infinidad de ediciones. Sólo una persona que haya vivido dentro de la Revolución puede escribir en la forma clara, valiente, acertada y terrible como lo hace Mariano Azuela, en su narración de las campañas del guerrillero Demetrio Macías. Yo pude ver muchas de las espantosas escenas que vivió Azuela; pero no alcancé a contarlas con la fuerza y el dramatismo que él emplea. Me place ser admirador entusiasta de don Mariano, ya que no me fue dable emularlo.

Los de abajo atraen y entusiasman desde la primera hasta la última página. He aquí un fragmento del libro, al principio: “Todo era sombra todavía cuando Demetrio Macías comenzó a bajar al fondo del barranco. El angosto talud de una escarpa era vereda, en-

tre el peñascal veteado de enormes resquebrajaduras y la vertiente de centenares de metros, cortada como de un solo tajo”.

Veamos estos renglones de mitad del libro:

“Su sonrisa volvió a vagar siguiendo las espirales del humo de los rifles y la polvareda de cada casa derribada y cada techo que se hundía. Y creyó haber descubierto un símbolo de la Revolución en aquellas nubes de humo y en aquellas nubes de polvo que fraternalmente ascendían, se abrazaban, se confundían y se borraban en la nada.”

Al finalizar hay renglones como éstos: “Arboles, cactus y helechos, todo parece acabado de lavar. Las rocas, que muestran su ocre como el orín las viejas armaduras, vierten gruesas gotas de agua transparente”.

“El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las rocas, ramonean apaciblemente las vacas”.

“La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla albísima, como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia.”

*
* * *

Sin tiempo para extenderme sobre otros libros de Azuela, me detendré, así sea brevemente, en su biografía novelada *Pedro Moreno el insurgente*. La prócer ciudad de Lagos tiene el orgullo de contar entre sus glorias regionales a cuatro varones ilustres, que son honra de la patria mexicana: don Pedro Moreno, el insurgente que dio su segundo nombre a Lagos; el padre Agustín Rivera, sacerdote liberal que se distinguió como historiador y por sus narraciones de la vida pueblerina; Francisco González León, notable poeta provincial, como López Velarde y Martínez Valadez, que cantó a la tierra natal y nos dejó un libro subyugante y evocador: *Campanas de la tarde*; y Mariano Azuela, el médico rural que llegó a ser el mejor maestro de la novela en México.

Con entusiasmo y simpatía, Azuela escribió el bosquejo biográfico de su conterráneo don Pedro Moreno. La obra atrae por su estilo original y su lectura provoca gran admiración hacia el héroe legendario, que en un período difícil para las fuerzas insurgentes, sostuvo el pendón de la Independencia en el centro del país. Compenetrado del carácter del esforzado libertador don Pedro Moreno, el escritor

de Lagos lo define en estas palabras concretas: "Quienes sientan la fascinación de los costosos entorchados, de las rumbosas marchas guerreras, gestos bellos, frases altisonantes y otras payasadas de los grandes generales, en vano quieran saber quién fue el insurgente Pedro Moreno".

*

* * *

Conocí al doctor Mariano Azuela en los últimos años de su vida. Lo traté poco, pero tuve la oportunidad de visitarlo en su hogar de la colonia Santa María. Su casa era de un solo piso y recordaba a las de provincia. Hubiese podido estar en alguna población del interior: en Aguascalientes, León, Irapuato, o en la propia Lagos. Los muebles seguramente habían sido traídos desde el solar nativo, las sillas eran austriacas, de bejuco, y había rinconeras y consolas de las que se usaron mucho a principios del siglo. Se advertía desde luego que el señor Azuela gustaba hacer vida provinciana, a un paso del corazón de la gran ciudad. Me halagó mucho oír a don Mariano, cuando fui recibido por él con esta deferente exclamación:

—Yo lo he leído mucho, desde *Sonot*. Conozco todo lo que ha publicado.

*

* * *

Me atrajo de don Mariano Azuela su manera de ser: un hombre independiente, que no pedía nada a nadie, que vivía de su trabajo intelectual y se mostraba orgulloso de ser un rebelde. Llegó a pertenecer al Seminario de Cultura y al Colegio de México. Tengo para mí que esos puestos no los obtuvo por solicitud suya: se le concedieron por sus merecimientos. No fue académico de la Lengua ni le preocupó nunca pertenecer a otras instituciones o sociedades científicas. Lo único que le interesaba era su propia vida: decorosa, sencilla, apacible ¡Fue un rebelde! Así lo demuestran sus libros y así lo exhibió en su trato diario.

*

* * *

Cuando en los primeros años de los cuarentas estuve como secretario del P.E.N. Club, varias veces fui comisionado para invitar al doctor Azuela a nuestras sesiones-comidas. Casi siempre teníamos algún visitante distinguido. En la mayor parte de los casos, don Mariano me decía:

—A esa sesión no voy. Es inútil que insistan en llevarme. No iré.

Y no iba.

Sólo en dos ocasiones accedió a presentarse en el P.E.N. Club: cuando recibimos a su amigo Rómulo Gallegos, y con motivo del homenaje que rendimos a un viejo prócer de las letras españolas: don Antonio Zozaya.

Entonces sí asistió el señor Azuela, fue puntual y se empeñó en cubrir el importe de su cubierto. ¡Así era él!